



el
HILO
ESCARLATA

— ❁ —
Una novela

FRANCINE
RIVERS

AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES

EL HILO ESCARLATA



el
HILO
ESCARLATA



FRANCINE
RIVERS



Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois

Visite Tyndale en Internet: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Entérese de las últimas novedades sobre Francine Rivers en FrancineRivers.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

El hilo escarlata

© 2020 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 1996 y 2004 como *The Scarlet Thread* por Tyndale House Publishers con ISBN 978-0-8423-3568-3.

Preguntas de discusión escritas por Peggy Lynch.

El mapa © 1996 por Kirk Caldwell. Todos los derechos reservados.

Diseño gráfico en el interior © Roberto hartasanchez Castillo/iStockphoto. Todos los derechos reservados.

Ilustración de la portada © 2011 por Robert Papp. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora por Elaina Burdo © 2011. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jennifer Ghionzoli

Traducción al español: Patricia Cabral de Adriana Powell Traducciones

Edición en español: Keila Ochoa Harris

Publicado en asociación con la agencia literaria Browne & Miller Literary Associates, LLC, 410 Michigan Avenue, Suite 460, Chicago, IL 60605.

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El hilo escarlata es una obra de ficción. Donde aparezcan personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son producto de la imaginación de la autora.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Rivers, Francine, date- author.

Title: El hilo escarlata / Francine Rivers.

Other titles: Scarlet thread. Spanish

Description: Carol Stream, Illinois : Tyndale House Publishers, 2020. |

Originally published in English in 1996 and 2004 as *The Scarlet Thread* by Tyndale House Publishers.

Identifiers: LCCN 2020030952 (print) | LCCN 2020030953 (ebook) | ISBN 9781496445728 (trade paperback) | ISBN 9781496445735 (kindle edition) | ISBN 9781496445742 (epub) | ISBN 9781496445759 (epub)

Classification: LCC PS3568.I83165 S2818 2020 (print) | LCC PS3568.I83165 (ebook) | DDC 813/.54--dc23

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

26 25 24 23 22 21 20

7 6 5 4 3 2 1

Para Sue Hahn, Fran Kane y Donzella
Schlager... mis compañeras de viaje

RECONOCIMIENTOS

Tres personas muy especiales ayudaron a dar vida a esta historia: Sue Hahn, Fran Kane y Donzella Schlager, aventureras todas, que compartieron conmigo el sueño de recorrer la ruta de Oregón. Con el consentimiento de nuestros esposos, partimos en una camioneta y manejamos desde Sebastopol, en California, hasta Independence, en Misuri. Desde allí, seguimos la ruta de Oregón hasta The Dalles, en Oregón. Casi ocho mil kilómetros juntas. Conocimos la belleza y la inmensidad de nuestro país, nos detuvimos en cada hito histórico (y, también, en cada área de descanso) que había a lo largo del camino, visitamos cada museo que encontramos (en los pueblitos y en las grandes ciudades), y recopilamos la información suficiente para mantenernos leyendo en los años venideros.

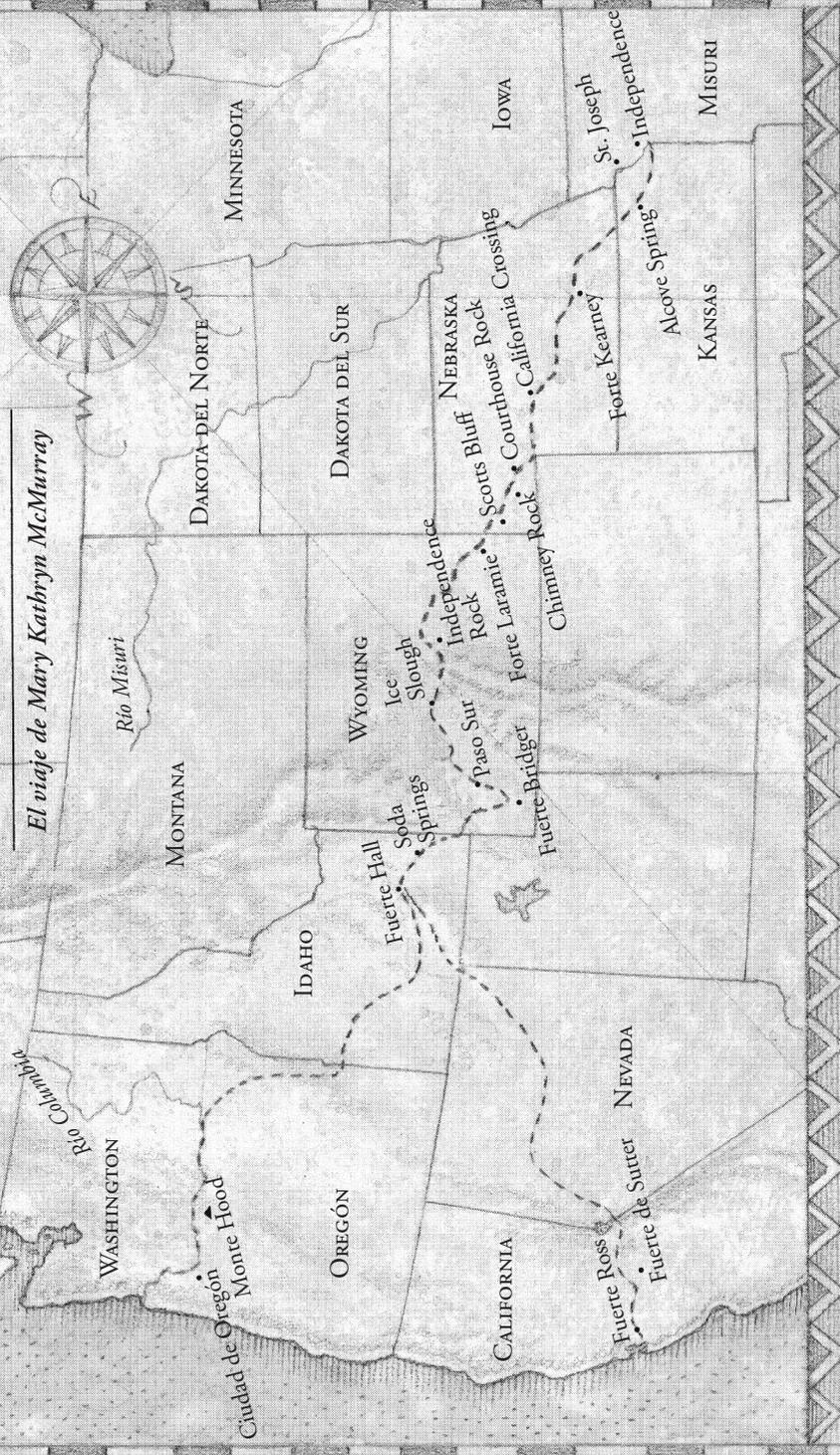
Gracias, chicas. Fue una de las mejores épocas de mi vida.

¿Cuándo hacemos la ruta de Lewis y Clark?

Muchas gracias, también, a Ryan MacDonald, por compartir sus conocimientos sobre juegos electrónicos y ferias comerciales.

EN LA RUTA DE OREGÓN

El viaje de Mary Kathryn McMurray



Rio Columbia

WASHINGTON

OREGÓN

Ciudad de Oregón

Monte Hood

IDAHO

Fuerte Hall

Soda Springs

Paso Sur

Ice Slough

Independence Rock

Forte Laramie

Chimney Rock

Forte Kearney

Alcove Spring

St. Joseph

Independence

KANSAS

MISURI

MONTANA

Rio Misuri

DAKOTA DEL NORTE

MINNESOTA

DAKOTA DEL SUR

WYOMING

NEBRASKA

Scotts Bluff

Courthouse Rock

California Crossing

IOWA

NEVADA

Fuerte de Sutter

Fuerte Ross

CALIFORNIA

PRIMERA PARTE

LA LLAMADA



CAPÍTULO I



SIERRA CLANTON MADRID no podía dejar de temblar. Su estómago se contraía. Desde el momento en que Alex le dio la noticia, la cabeza había empezado a dolerle por la tensión.

No había tenido un dolor como ese desde la noche del baile de graduación, durante el último año de la preparatoria. Alex había ido a buscarla en el Chevy destartado de su padre tres minutos antes de que su papá subiera a la casa por el camino de entrada. Era la primera vez en la vida que su padre volvía a casa *temprano* del trabajo. Ella debería haber sabido que esa noche lo haría. Todavía recordaba la cara de su padre cuando vio a Alex (un muchacho latino guapísimo, con el cabello largo y vestido con un esmoquin alquilado) de pie en el amplio pórtico de la casa victoriana de su familia en la calle Mathesen. Como si eso no fuera suficientemente

malo, Alex estaba parado cerca de ella, sujetando una orquídea para colocarla en la parte delantera de su vestido de gala para el baile de graduación. Cuando Sierra oyó el portazo del carro de su padre, casi se desmaya de miedo.

En ese momento empezó el dolor de cabeza, que empeoró cuando Alex la miró con una expresión inquisitiva.

—¿Qué ocurre? —preguntó. ¿Qué podía decir ella? Le había hablado a su padre sobre Alex, solo que no le había dicho todo.

Hubo un intercambio de palabras, pero, afortunadamente, su madre estaba presente para interceder y serenar a su padre.

Finalmente, Alex la acompañó al auto prestado y la ayudó a entrar, mientras su padre, de pie en los escalones delanteros, lo miraba furioso. Alex ni siquiera la miró; puso en marcha el Chevy y se alejó de la acera. Recién cuando iban a mitad de camino hacia Santa Rosa, él habló.

—No le dijiste quién iba a llevarte al baile, ¿verdad?

—Sí, se lo dije.

—Sí, claro. Solo omitiste algunos detalles importantes, ¿no es cierto, *chiquita*?

Nunca la había llamado así, y fue un presagio de la mala noche que tendrían. Él no volvió a hablar durante el viaje al costoso restaurante en Santa Rosa. Ella pidió algo barato para comer, lo cual lo hizo enfadar aún más.

—¿Piensas que no puedo permitirme pagar por algo más que una ensalada?

Con el rostro en llamas, ordenó un bistec de primera calidad como él, pero no vio que su humor mejorara.

A medida que transcurría la noche, las cosas empeoraron. A las diez, Alex ya no hablaba, ni a ella ni a nadie. En el baño de la Villa de Chantclair, terminó vomitando la elegante cena que él había pagado.

Se enamoró loca y perdidamente de Alejandro Luis Madrid. *Loca* era la palabra clave. Su padre se lo había advertido. Debía haberlo escuchado.

En este momento, mientras conducía por la autopista Old Redwood que unía Windsor con Healdsburg, los ojos de Sierra ardían por las lágrimas. Pese a toda aquella confusión, prefería aferrarse al ahora romántico pasado, que tener que enfrentar el presente y el futuro, inciertos y aterradores.

La noche del baile de graduación fue un completo desastre. Mientras la mayoría de sus amigos iba a los festejos que durarían toda la noche en Santa Rosa, Alex la llevó a su casa antes de la medianoche. Las luces del frente estaban encendidas y no con discreción. Su padre probablemente había cambiado esa noche la bombilla de sesenta vatios por una de doscientos cincuenta.

Había luz más que abundante para ver lo enojado que estaba Alex. Pero su expresión revelaba algo más profundo que solo enojo. Podía sentir el dolor escondido detrás de la expresión fría y distante que había en su rostro. En ese momento, pensó que él simplemente se marcharía. Por desgracia, no tenía la intención de hacerlo sin antes decir lo que pensaba.

—Sabía que sería un error invitarte a salir.

Las palabras impactaron su corazón como si lo hubiera acribillado con una escopeta. Eso no fue todo.

—No soy un personaje de una tragedia shakesperiana, Sierra. No soy el Romeo de tu Julieta. ¡Y no te invité a salir porque quería jugar contigo! —Luego de decir eso, se dio vuelta y prácticamente llegó a los escalones antes de que ella pudiera hablar, por encima de las lágrimas que la ahogaban.

—Te amo, Alex.

Él se dio vuelta y la miró.

—¿Qué dijiste? —Tenía los ojos oscuros y encendidos,

todavía llenos de enojo hacia ella y por un motivo justificado. Ella no había tenido en cuenta el costo que tendría su silencio. En lo único que había pensado era evitar la confrontación con su padre.

Alex seguía esperando.

—Di... dije que te amo.

—Dilo en español —lo dijo en el mismo tono de voz que usaba cuando le daba clases.

Ella tragó saliva, preguntándose si lo único que se proponía era humillarla un poco más antes de salir de su vida.

—*Té amo*, Alejandro Luis Madrid. *Corazón y alma*. —Entonces rompió en llanto con unos sollozos desgarradores. Él la agarró y desahogó sus sentimientos en español. Aunque no entendió del todo lo que le dijo, cuando lo miró a los ojos y sintió cómo la acariciaba, supo que la amaba.

Con el correr de los años, ocasionalmente, él volvía a su idioma materno cuando estaba expuesto a emociones intensas. Habló en español cuando le hizo el amor en la noche de bodas y, nuevamente, cuando ella le dijo que estaba embarazada. Lloró y habló en español a altas horas de la madrugada cuando Clanton llegó al mundo y, otra vez, cuando nació Carolyn. Y dijo palabras en español la noche en que el padre de Sierra murió.

Pero, esa noche en el pórtico, ambos se olvidaron de las luces. De hecho, los dos se olvidaron de todo hasta que la puerta delantera se abrió de golpe y su padre le ordenó a Alex que se fuera.

Le prohibieron ver a Alex. En ese momento, a su padre no le importó que Alex tuviera el cuarto lugar en una clase de doscientos alumnos. Lo que importaba era que Luis Madrid, el padre de Alex, era un mexicano que trabajaba como peón en los viñedos del condado de Sonoma. Al padre de ella no le

interesaba que Alex trabajara cuarenta horas por semana en una gasolinera local para ahorrar dinero para pagarse la universidad.

—Que tenga suerte —dijo, pero, obviamente, suerte era lo último que le deseaba a Alex.

Quiso hacerlo entrar en razón, engatusarlo, lloriqueó y suplicó. Recurrió a su madre, quien, inmediatamente se negó a ponerse de su lado. En su desesperación, amenazó con huir o quitarse la vida. Con eso último, logró la atención de sus padres.

—Si llegas a hablar por teléfono con ese indocumentado, ¡llamaré a la policía! —había gritado su padre—. Tienes quince años. Él, dieciocho. ¡Podría hacerlo arrestar!

—¡Hazlo, y le diré a la policía que abusas de mí!

Su padre llamó a su tía que vivía en Merced, e hizo los preparativos para que ella pasara unas semanas allí para «enfriarse».

Cuando volvió, Alex estaba esperándola, pero resultó ser menos dócil que su padre. Dijo algunas palabras en español respecto a su idea de encontrarse con él a escondidas. Alex era un luchador que prefería enfrentar sin rodeos la ira. Ella no había esperado que él resolviera la situación por su cuenta. Un día apareció en su casa cinco minutos después de que su padre había vuelto del trabajo. Luego se enteró por una vecina que Alex lo había esperado en la calle durante más de una hora. Su madre, solidaria ante su sufrimiento, invitó a Alex al recibidor antes de que su padre llegara al pórtico y le ordenara que se largara de su propiedad.

Ahora, aferrándose al volante de su Honda Accord, Sierra recordaba cómo se había sentido ese día al ver a Alex parado en el recibidor, entre su madre y su padre. Estaba segura de que su padre lo mataría, o que, al menos, le daría una paliza hasta dejarlo casi muerto.

—¿Qué hace *él* aquí? —Todavía podía escuchar la indignación en la voz de su padre, mientras dejaba caer al piso su

maletín. Sierra tenía la convicción de que solo estaba liberando sus manos para poder agarrar a Alex del cuello.

Alex pasó por el costado de su madre y lo enfrentó.

—Vine a pedirle permiso para ver a su hija.

—¡Permiso! ¿Como el permiso que pediste para llevarla a la graduación?

—Pensé que Sierra había hablado claramente con usted. Estaba equivocado.

—¡En eso tienes razón! Un gran error. Ahora, ¡largo de aquí!

—Brian, dale al joven la oportunidad de...

—¡Mantente al margen de esto, Mariana!

Alex se mantuvo firme.

—Lo único que pido es un juicio imparcial. —Ni siquiera la notó de pie en lo alto de la escalera.

—No quiero oír nada de lo que tengas que decir.

Eran como dos perros furiosos.

—Papi, por favor... —dijo ella, bajando la escalera—. Nos amamos.

—*Amor*. Dudo que eso sea lo que él siente por ti.

—¡Tú no entiendes! —gimió ella.

—¡Entiendo perfectamente! ¡Vuelve a tu cuarto!

—No iré a ningún lado sin Alex —dijo ella, llegando al recibidor y parándose junto a su novio; en ese instante supo que si su padre lo atacaba, haría lo que tuviera que hacer para detenerlo. ¡Jamás había estado tan furiosa!

Alex la sujetó firmemente de la muñeca y la escondió detrás de él.

—Esto es entre tu padre y yo. Mantente al margen. —En ningún momento dejó de mirar a su padre mientras hablaba.

—Sal de mi casa.

—Lo único que quiero es hablar unos minutos con usted, señor Clanton. Si, después de eso, me dice que me aleje, lo haré.

—¿Hasta México?

—¡Brian!

Ni bien pronunció esas palabras, el rostro de su padre se puso rojo como un tomate. Alex, con sus propios prejuicios, no tenía intención alguna de pasarlo por alto tan fácilmente

—Yo *nací* en Healdsburg, señor Clanton. Igual que usted. Mi padre rindió su examen de ciudadanía hace diez años. No es que eso represente una gran diferencia. Lo aprobó con notas excelentes. Rojo, blanco y azul. Nunca en su vida aceptó un dólar de la asistencia social y trabaja duro en lo que hace; probablemente más que usted en esa lujosa oficina de bienes raíces que tiene en el centro. No vivimos en una casa victoriana —lo dijo echando un vistazo rápido y revelador alrededor—, pero tampoco vivimos en una choza.

Su pequeño discurso no mejoró las cosas.

—¿Terminaste de hablar? —dijo su padre; su indignación triunfó sobre su vergüenza.

—Tal vez le guste saber que mi padre y mi madre desaprueban a Sierra tanto como usted a mí.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Desaprueban a Sierra? —dijo su padre, ofendido—. ¿Por qué?

—¿Por qué le parece, señor Clanton? Es blanca y protestante.

—Quizás deberías escucharlos.

—Claro que los escucho. Tengo un gran respeto por mis padres, pero yo pienso de otra manera. A mi entender, el intolerante es intolerante, no importa cuál sea su color de piel.

Un silencio largo y sofocante llenó el recibidor.

—Entonces —dijo Alex con desaliento—, ¿hablamos o me voy?

Su padre la miró por un momento y después le dirigió a Alex una mirada resentida y resignada.

—Hablemos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia una sala a un lado del pasillo—. Pero dudo que vaya a gustarte lo que tengo que decir.

Pasaron las dos horas siguientes en la pequeña oficina que había en la parte delantera de la casa, mientras ella se sentaba en la cocina con su madre, llorando y enfureciéndose sucesivamente diciendo lo que haría si su padre no la dejaba salir con Alex. Su madre no había hablado mucho ese día.

Cuando su padre entró a la cocina, dijo que Alex se había ido. Antes de que ella tuviera tiempo de gritarle sus recriminaciones, él le informó que podría volver a verlo, *luego* de que ella aceptara obedecer las reglas que ambos habían establecido. Una charla telefónica por noche de no más de treinta minutos y únicamente *después* de que hubiera terminado la tarea escolar. Nada de salidas de lunes a jueves. Los viernes por la noche, debía volver a casa a las once. Los sábados por la noche, a las diez. Sí, a las *diez*. Tenía que descansar bien para ir a la iglesia los domingos en la mañana. Si sus notas bajaban, aunque fuera un poquito, sería castigada con no ver a Alex en absoluto. Si faltaba a la iglesia, las mismas consecuencias.

—¿Y Alex lo aceptó?

—Así es.

A ella no le gustó ninguna de las condiciones, pero estaba tan enamorada que habría aceptado hacer cualquier cosa, y su padre lo sabía.

—Ese muchacho te romperá el corazón, Sierra.

Ahora, catorce años después, estaba haciendo justamente eso.

Limpiándose las lágrimas, Sierra cruzó manejando el puente del río Ruso y dobló a la derecha.

Sabía que su padre había tenido esperanzas de que las cosas se enfriarían si le daba tiempo a la relación para empezar a romperse. En ese entonces, no conocía a Alex ni había visto la determinación y la motivación que lo impulsaban. Alex se graduó con honores de la preparatoria e ingresó a la universidad de dos años. Sierra quería dejar sus estudios y casarse con él, pensando que sería romántico trabajar y ayudarlo a terminar la universidad. Él desechó por completo esa idea. Le dijo en términos muy claros que tenía la intención de terminar la universidad por *su propia cuenta* y que no deseaba que su esposa abandonara los estudios. En año y medio completó dos años de estudio en Santa Rosa y se transfirió a la Universidad de California en Berkeley, donde estudió negocios con una especialización en tecnología informática. Ella terminó la preparatoria e ingresó a una escuela de comercio local, contando los días para que él se graduara.

Tan pronto Alex regresó a Healdsburg, encontró un empleo en Hewlett-Packard en Santa Rosa, compró un carro usado y alquiló una casita en Windsor.

Cuando no pudieron lograr que sus padres llegaran a un acuerdo sobre la clase de boda que debían tener, se fugaron a Reno. Nadie se sintió feliz con la decisión.

Habían estado casados durante diez años. Diez años maravillosos. Durante todo ese tiempo había creído que Alex era tan feliz como ella. Nunca sospechó lo que sucedía debajo de la superficie. ¿Por qué no se había dado cuenta? ¿Por qué no le había dicho abiertamente que no estaba satisfecho?

Sierra estacionó su Honda en la entrada de la casa victoriana de la calle Mathesen, suplicando que su madre estuviera en casa. Mamá siempre había tenido la capacidad de hacer razonar a papá. Quizás podría ayudar a que Sierra descifrara cómo hacer entrar en razón a Alex sobre los planes que tenía para el futuro de la familia.

Sierra abrió la puerta principal y entró al recibidor de madera lustrada.

—¿Mamá? —Cerró la puerta al pasar y caminó por el pasillo hacia la cocina. Estuvo a punto de llamar a su padre, pero se detuvo.

Sintió una punzada repentina al recordar la llamada que ella y Alex habían recibido a las tres de la madrugada, dos años atrás. Nunca había escuchado ese tono en la voz de su madre; tampoco volvió a escucharlo después.

—Tu padre tuvo un ataque cardíaco, amor. La ambulancia está aquí.

Se encontraron en el hospital del distrito de Healdsburg, pero ya era demasiado tarde.

—Esta mañana se quejó de una indigestión —dijo su madre, distraída, anonadada—. Y de que le dolía el hombro.

Ahora, Sierra hizo una pausa frente a la puerta de su oficina y miró adentro, casi esperando verlo sentado en su escritorio, leyendo la sección inmobiliaria del periódico. Todavía lo extrañaba. Curiosamente, Alex también. Él y su padre se habían acercado tras el nacimiento de Clanton y de Carolyn; era increíble cómo los nietos parecían derribar los muros entre las personas. Antes de su embarazo, habían visto poco a los padres de ella. Su padre siempre encontraba alguna excusa para rechazar las invitaciones a cenar; los padres de Alex no eran diferentes.

Todo eso cambió cuando ella entró en trabajo de parto. La noche en que dio a luz, todos estaban en el hospital Kaiser. Alex la besó y dijo que tal vez debieran llamar Reconciliador a su hijo. Se decidieron por Clanton Luis Madrid, uniendo así a ambas familias. Un año después, cuando llegó Carolyn María, los Clanton y los Madrid habían tenido muchas oportunidades de conocerse mutuamente y descubrir que tenían mucho más en común de lo que creían posible.

—¿Mamá? —volvió a llamar cuando no la encontró en la cocina. Miró por la ventana hacia el jardín de atrás, el lugar donde su madre solía trabajar. Tampoco estaba allí. El Buick Regal estaba en la entrada para coches; por lo tanto, sabía que su madre no se había ido a una de sus muchas obras de caridad ni a la iglesia.

Sierra volvió al pasillo y subió la escalera.

—¿Mamá? —Tal vez estaba durmiendo la siesta. Se asomó a la habitación principal. Cerca del borde de la cama había una colorida colcha de croché a cuadros doblada con esmero—. *¿Mamá?*

—Estoy en el ático, cariño. Sube.

Sorprendida, Sierra volvió al pasillo y subió por la angosta escalera.

—¿Qué haces aquí? —dijo, entrando al ático desordenado. Los tragaluces pequeños estaban abiertos y dejaban entrar la brisa apenas tibia por el sol a la habitación polvorienta y tenuemente iluminada. Las partículas de polvo daban en el haz de los rayos del sol. El lugar olía a humedad por el largo tiempo que había permanecido en desuso.

El ático siempre le había fascinado a Sierra; momentáneamente, dejó de lado sus preocupaciones y le echó un vistazo al lugar. En la parte de atrás había tumbonas apiladas. Junto a la puerta, un gran cubo de leche que contenía paraguas viejos, dos bastones regulares y un bastón de senderismo. En un estante alto había canastas de mimbre de todo tipo de formas y tamaños. Las cajas estaban amontonadas en pilas raras, sin ningún orden en particular, y su contenido era un misterio.

¿Cuántas veces ella y su hermano revisaron sus cuartos, clasificando y guardando los descartes en cajas y metiendo todo en el ático? Cuando la abuela y el abuelo Clanton murieron, las cajas de su propiedad fueron almacenadas en la tranquila penumbra del ático. Los libros viejos, los baúles,

y las cajas con platos y vajillas quedaron dispersos por aquí y por allá. En un rincón de atrás, había un perchero de pie sobre una alfombra de retazos trenzados que había hecho la bisabuela de Sierra. La caja con los viejos vestidos de gala con los que ella se disfrazaba de niña aún estaba allí, así como el gran espejo ovalado en el cual se contemplaba a sí misma, orgullosa de cada uno de sus cambios.

Cerca de él, apilados en el carrito Radio Flyer rojo de su hermano, había más de una docena de cuadros enmarcados y apoyados uno sobre el otro contra la pared. Algunos eran óleos originales que hizo su abuelo cuando se jubiló. Otros eran fotografías familiares que databan de varias generaciones pasadas. Las latas de pintura que habían quedado de la restauración de la casa estaban apiladas en una repisa, en caso de que se necesitara retocar los colores de las coloridas molduras. Un estante estaba lleno con cajas de zapatos, cada una etiquetada con la letra clara de su padre, y contenían declaraciones de impuestos y registros comerciales de hace veinte años atrás.

Un caballito mecedor maltrecho y astillado permanecía en su aislado exilio en el rincón más lejano.

Su madre había movido algunos muebles antiguos para que el viejo sofá con patas de león del abuelo Edgeworth quedara en el centro del ático. Frente a él estaba el viejo y gastado sillón reclinable de papá. Dos bancos con su tapicería bordada raída le servían de soporte a las cosas que su madre había sacado de un viejo baúl que tenía abierto frente a ella.

Mariana Clanton tenía el cabello cubierto con un paño de cocina.

—Decidí que tengo que revisar algunas cosas que hay aquí y tomar decisiones.

—¿Decisiones sobre qué? —dijo Sierra, distraída.

—Qué cosas desechar y cuáles conservar.

—¿Por qué ahora?

—Debí haber comenzado hace años —dijo su madre con una sonrisa triste—. Pero seguí posponiéndolo. —Eché un vistazo a la habitación en desorden—. Es un poco abrumador. Partes y pedazos de tantas vidas.

Sierra pasó una mano sobre un viejo taburete que había estado en la cocina antes de que fuera remodelada. Recordó cuando volvía del jardín de infantes y se subía a él, junto a la barra desayunadora, para poder observar a su madre mientras hacía galletas con chispas de chocolate.

—Alex me llamó hace un rato y me dijo que aceptó un empleo en Los Ángeles.

Su madre levantó la vista y la miró; una fugaz expresión de dolor apareció en su rostro.

—Era de esperarse, supongo.

—¿De esperarse? ¿En qué sentido?

—Alex siempre fue ambicioso.

—Tiene un buen empleo. El año pasado logró ese ascenso importante y está ganando buen dinero. Le dieron un paquete integral de servicios de salud y un plan de retiro. Tenemos una casa nueva y hermosa. Nos llevamos bien con los vecinos. Clanton y Carolyn son felices en la escuela. Estamos cerca de la familia. Yo ni siquiera sabía que Alex había empezado a buscar otro puesto, hasta que me llamó hoy... —Se le quebró la voz—. Estaba tan entusiasmado, mamá. Deberías haberlo escuchado. Dijo que esta nueva empresa le había hecho una propuesta fantástica, y él la aceptó sin siquiera hablarlo conmigo.

—¿Qué clase de empresa?

—De computadoras. *Videojuegos*. La clase de cosas que le gusta jugar a Alex cuando está en casa. Conoció a esos tipos la primavera pasada, en una conferencia de ventas en Las Vegas. Nunca me habló de ellos. Dice que lo hizo, pero no

lo recuerdo. Alex ha estado trabajando en una idea que tiene sobre un juego de roles. Los jugadores podrían conectarse en la red con otros y crear ejércitos y escenarios de batallas. Dijo que es justo lo que ellos hacen. No le preocupa que aún no hayan cumplido cuatro años en el mercado ni que la empresa haya comenzado en un garaje.

—Igual que Apple.

—Eso es diferente. Estos tipos no han estado el tiempo suficiente en el mercado para demostrar que pueden *mantenerse* en él. ¡No entiendo cómo Alex puede tirar por la borda los diez años de antigüedad en Hewlett-Packard, cuando están despidiendo a la gente de sus empleos a diestra y siniestra! No quiero ir a Los Ángeles, mamá. Todo lo que amo está aquí.

—Tú amas a Alex, cariño.

—¡Me gustaría *darle un tiro* a Alex! ¿Quién se cree que es para tomar una decisión como esta sin hablarlo conmigo?

—Si lo hubiera hecho, ¿lo habrías escuchado?

No podía creer que su madre le preguntara semejante cosa.

—¡Por supuesto que lo habría escuchado! ¿No piensa él que esto tiene algo que ver conmigo? —Se secó las lágrimas de rabia de sus mejillas—. ¿Sabes qué dijo, mamá? Dijo que ya había llamado a la agente de la inmobiliaria y que la mujer vendrá esta noche para cotizar la casa. ¿Lo puedes creer? Acabo de plantar narcisos a lo largo de toda la cerca trasera. Si se sale con la suya, ¡ni siquiera los veré florecer!

Su madre no dijo nada por un largo rato. Entrecruzó las manos sobre su regazo, mientras Sierra revolvía su cartera buscando un *Kleenex*.

—No es justo. —Sierra se sonó la nariz con el pañuelo—. Ni siquiera tuvo en cuenta mis sentimientos. Simplemente tomó la decisión y me dijo que es un hecho consumado. Así como así. Me guste o no, nos mudaremos a Los Ángeles. Ni

siquiera le importa cómo me siento yo al respecto, porque es lo que *él* quiere.

—Estoy segura de que Alex no tomó la decisión arbitrariamente. Siempre ha examinado las alternativas desde todos los puntos de vista.

—No desde *mi* punto de vista. —Inquieta y enojada, cruzó la habitación y levantó el viejo oso de peluche al cual su hermano, de pequeño, estaba muy apegado. Lo acurrucó contra su cuerpo—. Alex creció aquí como yo, mamá. No entiendo cómo puede darle la espalda a todo y estar tan *feliz* al respecto.

—Quizás Alex no ha sido tan bien tratado como tú, Sierra.

Sierra la miró, sorprendida.

—Sus padres nunca lo maltrataron.

—No me refiero a Luis ni a María; son personas maravillosas. Hablo de las suposiciones que muchas personas hacen sobre los hispanos.

—Bueno, que agregue todo eso a las otras cosas que tiene para ofrecer Los Ángeles. Esmog. Embotellamiento. Desorden. Terremotos.

Su madre sonrió.

—Disneylandia. Las estrellas de cine. Las playas —enumeró, viendo las cosas desde un punto de vista mucho más positivo. Papá solía decir que era la actitud de eterna optimista, especialmente cuando estaba irritado y no estaba de humor para ver el lado bueno de una situación. Así como se sentía Sierra ahora.

—Todas las personas que queremos están aquí, mamá. La familia, los amigos.

—No se mudarán a Maine, cariño. Apenas hay un día de viaje entre Healdsburg y Los Ángeles. Y siempre puedes llamarnos.

—Hablas como si no te importara que nos fuéramos. —Sierra se mordió el labio y miró hacia otra parte—. Pensé que entenderías.

—Si yo pudiera elegir, por supuesto, preferiría que estuvieran aquí. Y lo entiendo. Tus abuelos no estuvieron rebosantes de alegría cuando me mudé de Fresno a San Francisco. —Sonrió—. En esa época, era un viaje de diez horas en auto, pero habrías pensado que me mudaba al lado oculto de la luna.

Sierra sonrió débilmente.

—Me cuesta imaginarte como una especie de *beatnik* viviendo en San Francisco, mamá.

Ella se rio.

—No más de lo que me cuesta a mí verte como una mujer joven con un marido estupendo y dos hijos en edad escolar.

Sierra se sonó la nariz.

—Marido estupendo —balbuceó—. Es un cerdo machista. Es probable que Alex ni siquiera se haya molestado en decírselo a sus padres.

—Luis lo comprenderá. Como lo habría comprendido tu padre. Creo que Alex se quedó diez años aquí por ti. Es hora de que le permitas hacer lo que tiene que hacer para aprovechar al máximo sus talentos.

Era lo último que Sierra quería escuchar. No respondió, mientras pasaba la mano por los libros que había en un viejo estante. Alex había recibido otras propuestas y las había rechazado, después de discutir las con ella. Sierra creía que las decisiones habían sido mutuas, pero ahora tenía sus dudas. Lo había escuchado tan entusiasmado y feliz cuando hablaba de este trabajo...

Tomó *Winnie the Pooh* y sopló el polvo que tenía encima. Acariciando la tapa del libro, recordó cuando se sentaba en la falda de su madre mientras ella le leía la historia. ¿Cuántas

veces lo había escuchado? La portada estaba gastada por el uso.

El solo hecho de pensar en irse y no poder ver a su madre o hablar con ella a menudo le generaba una sensación de desolación. Las lágrimas nublaron su vista.

—Alex presentó su renuncia esta mañana. —Volvió a meter el libro en su lugar—. Fue lo primero que hizo, luego de que recibió la llamada desde Los Ángeles. *Después* me llamó para darme la *gran* noticia. —Se cubrió el rostro y lloró.

Sierra sintió un poco de consuelo cuando los brazos de su madre la rodearon.

—Todo va a estar bien, cariño. Ya lo verás. —Su madre le acarició la espalda como si fuera una niña—. Las cosas lograrán resolverse de la mejor manera. El Señor tiene planes para ti y para Alex, planes para lo bueno, y no para lo malo. Confía en Él.

¡El Señor! ¿Por qué su madre siempre tenía que mencionar al *Señor*? ¿Qué tipo de plan era este de hacer trizas la vida de las personas?

Se apartó de los brazos de su madre.

—Todos nuestros amigos están aquí. *Tú* estás aquí. No quiero mudarme. No tiene sentido. ¿Qué cree Alex que va a encontrar en Los Ángeles que no tenga aquí?

—Quizás quiere la oportunidad de demostrar lo que vale.

—*Ya* se demostró a sí mismo cuánto vale. Ha tenido éxito en todo lo que ha hecho.

—Quizás no siente que ha hecho lo suficiente.

—No tiene que demostrarme nada a mí —dijo Sierra con voz entrecortada.

—A veces, los hombres tienen que demostrarse cosas a sí mismos, Sierra. —Tomó la mano de su hija—. Siéntate, cariño. —La llevó al viejo sofá descolorido y le pidió

que se sentara. Palmeó suavemente su mano y le sonrió melancólicamente—. Recuerdo que Alex hablaba con tu padre de todas las frustraciones que sentía en su trabajo.

—Fue papá quien le dijo a Alex que echara raíces y que siguiera tal como estaba para lograr todos los beneficios.

—A tu padre le preocupaba que Alex hiciera lo mismo que había hecho él.

Se sonó la nariz y miró a su madre.

—¿Qué quieres decir?

—Tu padre cambió de trabajo varias veces hasta que se sintió cómodo en el negocio de bienes raíces.

—¿En serio? Yo no recuerdo eso.

—Eras demasiado pequeña para darte cuenta. —Su madre sonrió con tristeza—. Tu padre quería ser profesor de Biología en la preparatoria.

—¿Papá, un profesor? —No podía imaginarlo. No habría tolerado ningún mal comportamiento. El primer alumno que escupiera una bolita de papel ensalivada habría ido a parar de cabeza en el bote de la basura afuera del salón de clases.

Su madre se rio.

—Sí, papá. Pasó cinco años en la universidad preparándose para hacer eso y, al cabo de un año de dar clases, se dio cuenta de que lo odiaba. Decía que las muchachas eran todas unas cabezas huecas y que los chicos funcionaban impulsados por sus hormonas.

Sierra sonrió, asombrada y divertida.

—No puedo ni imaginarlo.

—Después, tu papá entró a trabajar en un laboratorio. También lo odió. Decía que pasarse el día mirando en el microscopio lo aburría hasta el cansancio. Entonces, empezó a trabajar en una tienda de ropa para hombres.

—¿Papá? —volvió a decir Sierra, atónita.

—Sí, *papá*. Tú y Mike estaban en la escuela cuando

renunció. Luego de eso, se capacitó para ser un oficial de policía. Me opuse tanto a eso como tú a mudarte a Los Ángeles. —Volvió a dar unas palmaditas en la mano de Sierra—. Pero de eso surgió algo bueno. Solía quedarme despierta toda la noche, preocupándome y sufriendo por él. Estaba segurísima de que algo le sucedería. Esos fueron los peores años de mi vida, y nuestro matrimonio sufrió a causa de eso. Sin embargo, de ello también surgió la bendición más grande. Me hice cristiana mientras tu padre trabajaba en el turno de las once a las siete como agente de tránsito en las autopistas.

—Yo no sabía todo esto, mamá.

—¿Por qué ibas a saberlo? Es raro que una madre comparta esta clase de luchas con sus hijos pequeños. Tú tenías cuatro años y Mike, siete. Ustedes no eran felices. Sentían la tensión que había entre nosotros y no entendían. Durante el día, no veían mucho a su padre cuando estaba en casa, porque tenía que dormir. Me pasaba la mayor parte del tiempo diciéndoles que bajarán la voz y entreteniéndolos con juegos de mesa y rompecabezas; salíamos a dar largas caminatas. Los horarios y el estrés eran muy malos para papá, pero creo que finalmente renunció porque se dio cuenta de que extrañaba estar contigo y con Mike. Antes de hacerlo, estudió para obtener su licencia de agente de bienes raíces. Lo intentó y le encantó. Quiso Dios que justo empezara en la época en que el negocio inmobiliario estaba en auge. Había gran demanda. A menos de dos años de obtener su licencia, tu papá era uno de los mejores agentes inmobiliarios del condado de Sonoma. Tenía tanto trabajo que dejó de vender casas y se especializó en las propiedades comerciales.

Apretó la mano de Sierra.

—Lo que estoy tratando de decir, cariño, es que tu padre tardó dieciséis años en sentirse cómodo en una profesión que pudiera disfrutar. —Sonrió—. Alex sabía lo que quería hacer cuando fue a la universidad. El problema es que nunca ha

tenido la oportunidad de lograrlo. El mayor regalo que puedes darle es la libertad para que levante el vuelo.

Nuevamente, no era lo que Sierra quería escuchar.

—Hablas como si le hubiera puesto una soga al cuello. —Se levantó y empezó a caminar de aquí para allá—. Me habría gustado que me consultara, mamá. ¿Es tan difícil de entender? Alex ni siquiera discutió conmigo la propuesta. La aceptó y, después, me informó su decisión. No es justo.

—¿Quién dijo que la vida era justa? —respondió su madre con las manos cruzadas.

Sierra se sentía a la defensiva y enojada.

—Papá no te llevó a vivir a otra parte.

—No, no lo hizo. Habría estado feliz si lo hubiera hecho.

Sierra se dio vuelta y se quedó mirándola.

—Creí que amabas Healdsburg.

—Ahora sí. Cuando era más joven, lo único que pensaba era en irme de aquí. Imaginaba que sería maravilloso vivir en una gran ciudad como San Francisco, donde pasaban un montón de cosas. Tú sabes que crecí en la granja de mi abuela, en el Valle Central, y créeme, cariño, eso fue cualquier cosa menos fascinante. Yo quería ir al teatro y a los conciertos. Quería vivir rodeada de museos y de cultura. Quería caminar por el parque Golden Gate. Y, a pesar de las advertencias y de los ruegos de mis padres, eso fue exactamente lo que hice.

—Y conociste a papá.

—Sí. Él me rescató de un asalto en el Pan Handle.

Sierra pensó en la fotografía de la boda que estaba sobre la repisa de la chimenea, en la planta baja. En esa época, su padre tenía el cabello largo y su «esmoquin» consistía en un par de Levi's gastados y botas de cuero; su madre, vestida de negro con un suéter de cuello alto y un pantalón capri, tenía su cabello caoba largo hasta la cintura decorado con flores. La

fotografía siempre había sacudido la imagen que tenía de sus padres. Alguna vez habían sido *jóvenes*, y también rebeldes.

Su madre sonrió recordando muchas cosas.

—Si me hubiera salido con la mía, nos habríamos mudado a San Francisco.

—Nunca me lo habías contado.

—Cuando llegaron tú y tu hermano, mis ideas acerca de lo que quería cambiaron drásticamente. Como cambiarán las tuyas también. La vida no es estática, Sierra. Gracias a Dios. Está constantemente en movimiento. A veces nos damos cuenta de que estamos atrapados en la corriente y que nos arrastra a lugares donde no queremos ir. Luego terminamos descubriendo que Dios estuvo presente todo el tiempo.

—Dios no tomó la decisión de que nos mudáramos a Los Ángeles; Alex la tomó. Sin embargo, supongo que se cree Dios. —Sierra podía oír el resentimiento que había en su voz, pero se endureció contra cualquier remordimiento o culpa. Las emociones la recorrían y batallaban en su interior: el rencor porque Alex había tomado semejante decisión sin consultarla con ella previamente; el temor de que si peleaba con él, igualmente terminaría perdiendo; el terror de dejar la vida que amaba y que le resultaba tan cómoda.

—¿Qué voy a hacer, mamá?

—Eso depende de ti, cariño —dijo su madre dulcemente, con lágrimas de compasión en los ojos.

—Necesito tu consejo.

—El segundo mandamiento más importante es que nos amemos unos a otros como a nosotros mismos, Sierra. Olvídате de ti misma y piensa en lo que Alex necesita. Ámalo como corresponde.

—Si lo hago, él me pasará por encima. La próxima vez, ¡aceptará un empleo en Nueva York! —Sabía que estaba siendo injusta aun mientras lo decía. Alex le había dado

dos hijos hermosos, una bonita casa con tres habitaciones en Windsor, y una vida segura y feliz. De hecho, la vida era tan tranquila que nunca había sospechado la turbulencia que había dentro de él. Darse cuenta de ello la asustaba. Le hacía sentir que no conocía el corazón ni los pensamientos de Alex tan bien como creía.

No veía una salida. Una parte de ella quería ir a recoger a los niños de la escuela y volver aquí, a la casa de la calle Mathesen y dejar que Alex atendiera solo a la mujer de la inmobiliaria; no podría vender la casa sin la firma de ella. Pero sabía que si hacía eso, lo enfurecería. Las pocas veces que lo había herido sin querer, se había encerrado en sí mismo y había dejado de hablarle, levantando un frente frío y replegándose al silencio. No venía de una familia de gritones. No quería ni pensar cómo reaccionaría si lo lastimaba y lo hacía enojar a propósito.

—Tal vez te ayudaría olvidar el asunto durante algunas horas y, después, tratar de pensar en él —dijo su madre.

Con el corazón dolido, Sierra volvió a sentarse en el sofá. Miró el baúl abierto y las pilas de cajas.

—¿Por qué estás haciendo todo esto ahora, mamá?

Algo resplandeció en los ojos de su madre.

—Es una buena actividad para el invierno, ¿no crees? —Miró alrededor—. Es un lío tremendo. Tú padre y yo tuvimos la intención de revisar todo esto hace años, pero entonces... —Se veía triste—. El tiempo tiene la costumbre de huir de nosotros. —Miró alrededor de la habitación contemplando la mezcla de tesoros viejos; algunos andrajosos y de orígenes largamente olvidados—. No quiero dejar todo este caos para que tú y Mike lo resuelvan.

Se levantó y caminó por el ático, pasando la mano delicadamente por la vieja mecedora, un librero, un cochecito de bebé.

—Ordenaré y pondré todas las cosas de Mike y las tuyas

en el rincón norte. Ustedes podrán decidir qué quieren conservar y qué desechar. Volveré a empacar las cosas especiales de la familia de tu padre y de la mía. La mayoría de los documentos comerciales de tu padre se pueden quemar. No tiene sentido guardarlos. Y las pinturas del abuelo... algunas se están desintegrando.

—Algunos cuadros son realmente malos —dijo Sierra sonriendo.

—Es cierto —coincidió su madre, riéndose—. Lo mantenían ocupado. —Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín delantero con una expresión pensativa—. Hay un montón de papeles familiares. Tengo todo el invierno por delante para revisarlos y organizarlos para ti y para Mike. —Volvió a mirar a Sierra y sonrió—. Es una tarea enorme, pero creo que será divertida e interesante.

Volvió y se sentó en el antiguo sofá floreado.

—Este baúl era de Mary Kathryn McMurray. Fue uno de tus antepasados. Vino a esta zona en una carreta en el año 1847, luego de atravesar las llanuras. Cuando llegaste, estaba hojeando su diario —dijo, levantando del baúl un cuaderno forrado en cuero y pasando una mano sobre él—. No llegué muy lejos. Al parecer, era un cuaderno de tareas y se convirtió en su diario.

Dejó el cuaderno sobre el sofá, entre ambas. Sierra lo tomó, lo abrió y leyó las letras infantiles de la primera página.

Mamá dice que bibir en el dezierto no es rasón para cer inoran-
te. Su papá era un hombre intruido y no quería tontoz en su familia.

—El baúl es parte de la herencia del abuelo Clanton —dijo su madre—. Hace años que no reviso estas cosas. —Levantó una pequeña caja de madera tallada—. Ah,

recuerdo esto —dijo, sonriendo. Adentro había un pañuelo de seda bordado. Lo abrió con delicadeza y le mostró a Sierra la antigua cadena de oro y la cruz de amatista.

—Ah, es hermosa —dijo Sierra, tomándola y admirándola.

—Puedes quedártela, si quieres.

—Me encantaría —dijo Sierra, abriendo el pequeño cierre y poniéndosela.

Su madre sacó un antiguo ferrotipo en un marco ovalado. Era de una pareja vestida con ropas nupciales; sus expresiones eran solemnes más que alegres. El novio se veía apuesto con su traje oscuro y su camisa almidonada; el cabello negro estaba peinado pulcramente hacia atrás, despejando sus rasgos cincelados y sus intensos ojos claros. Celestes, decidió Sierra. Debieron haber sido celestes para verse tan claros en la fotografía. La novia era muy joven y bella. Tenía puesto un precioso vestido de novia victoriano de encaje blanco. Estaba sentada, mientras que su esposo estaba de pie, con la mano firmemente apoyada sobre su hombro.

Sierra tomó otra caja. Adentro, envuelta en papel de seda, había una pequeña cesta tejida con motivos indios. Alrededor del borde superior había plumas de codorniz y abalorios.

—Creo que es una cesta de regalo, mamá. Vale muchísimo dinero. En el Museo Indio del Fuerte de Sutter hay de estas.

—¿Hay algo dentro de la caja que hable de ella?

Sierra sacó todo y negó con la cabeza.

—Nada.

—Mira esta vieja Biblia —dijo su madre con tono distraído. Cuando la abrió, una sección resbaló y cayó al piso. Su madre la recogió y la colocó junto a ella en el sofá.

Sierra levantó el papel amarillento por el paso del tiempo y leyó la bonita carta.

Querida Mary Kathryn:

Espero que hayas cambiado de parecer respecto a Dios. Él te ama mucho y cuida de ti. No sé qué dificultades y pérdidas afrontarás en tu viaje a Oregón, o qué te sucederá una vez que llegues al final del camino. Lo que sí sé es que Dios nunca te dejará ni te abandonará.

Cuentas con mi amor y estás en mis oraciones matutinas y vespertinas. Las damas del grupo de costura de colchas te envían cariños, así como Betsy y Clovis. Que el Señor bendiga tu nuevo hogar.

Tía Martha

La madre de Sierra hojeó la Biblia de cuero negro resquebrajado y, luego, levantó la porción que se había caído.

—Mira qué gastadas están las páginas. —Sonrió—. Mary Kathryn favorecía los Evangelios. —Tomó la nota de manos de Sierra y la leyó. La dobló y la metió entre las hojas sueltas y, con cuidado, dejó la Biblia junto al diario de Mary Kathryn McMurray.

Sierra sacó una deteriorada sombrerera floreada. En la parte superior encontró una nota que, en una caligrafía negra hermosa, simplemente decía: «Guardar para Joshua McMurray». La caja estaba llena de animales tallados en madera, cada uno envuelto delicadamente con un trozo de calicó floreado o a cuadros. Desenvolvió un lobo de aspecto feroz, un búfalo majestuoso, una serpiente de cascabel enroscada, un perro de las praderas parado sobre sus patas traseras, una graciosa liebre norteamericana, un bello antílope, dos cabras montañosas entrelazadas en una violenta batalla y un oso pardo completamente erguido, listo para atacar.

En el fondo del baúl había un paquete grande envuelto en papel de carnicero y atado con una cuerda.

—No recuerdo esto —dijo su madre y desató la cuerda

para poder retirar el papel—. *Ah* —dijo, asombrada y emocionada—. Creo que es una colcha ecléctica. —La desenvolvió lo suficiente para que Sierra la tomara de una punta, y entonces se levantó, extendiendo los pliegues para dejar a la vista el diseño completo.

No era una colcha ecléctica, sino una colcha con imágenes, con cientos de distintos trozos de tela, cada uno con una escena diferente, cada uno enmarcado con un borde marrón y todos cosidos con un hilo de color escarlata vibrante. Cada uno estaba rodeado por una puntada distinta: manta, cruces, espiguillas, palomas, helechos, ramas de olivo, plumas, cretense abierta, anzuelos, cadenas en zigzag, collalba y relleno de punto gavilla, ribete portugués y ojales estrella.

—Es preciosa —dijo Sierra, deseando poder tenerla.

—De haber sabido que estaba aquí, la habría limpiado y colgado hace años en la pared de la sala —dijo su madre.

Sierra miró uno por uno los trozos cuadrados. A lo largo de la hilera superior había una granja con un hombre, una mujer y tres niños. Dos niños y una niña estaban en el espacio abierto entre la cabaña y el granero. El segundo cuadrado brillaba con llamas devoradoras. El tercero mostraba a un bebé en un pesebre y a una joven que lo cuidaba, rodeados por la oscuridad.

El teléfono sonó en la planta baja. Un segundo después, el teléfono inalámbrico sonó cerca. Su madre le entregó a Sierra la otra punta de la colcha y fue a atender el teléfono que estaba sobre una caja.

—Sí, está aquí, Alex.

El corazón de Sierra dio un vuelco. Con manos otra vez temblorosas, dobló la colcha, mientras escuchaba la parte de su madre de la conversación.

—Sí, me contó. Sí, pero eso es de esperarse, Alex. —El tono de voz de su madre no sonaba condenatorio ni decepcionado.

Se quedó callada un largo rato, escuchando nuevamente—. Lo sé, Alex —dijo muy dulcemente, con una voz ronca por la emoción—, y siempre te he estado agradecida. No tienes que explicarme. —Otro silencio—. Qué pronto —dijo su madre, resignada—. ¿Cómo lo tomaron tus padres? Ah. Bueno, supongo que también para ellos será una sorpresa. —Sonrió apenas—. Por supuesto, Alex. Sabes que lo haré. Avísame luego de que se lo hayas dicho a ellos y los llamaré.

Mariana tapó el receptor con una mano.

—Alex quiere hablar contigo.

Sierra quería decir que no deseaba hablar con él, pero sabía que eso pondría a su madre entre los dos. Volvió a guardar la colcha doblada dentro del baúl y atravesó el ático para tomar el teléfono de la mano de su madre.

—Haré café para las dos —dijo su madre, con una sonrisa amable.

Sierra la vio bajar la escalera, sabiendo que estaba dejándola a solas para que hablara con Alex. Sentía una maraña de emociones, desde alivio hasta desesperación. Su madre no había dicho una sola palabra para disuadir a Alex de la decisión que había tomado. ¿Por qué no?

—¿Sí? —dijo al receptor, y su voz salió débil y ahogada. Quería gritarle, pero el dolor que sentía en el pecho apenas le permitía tomar aire. Tenía la garganta cerrada y seca.

—Estaba preocupado por ti.

—¿En serio? —¿Por qué debía preocuparse por ella solo porque estaba destrozando su vida? Se llenó de resentimiento y unas lágrimas calientes volvieron a inundar sus ojos.

—No hablas demasiado.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que estoy *feliz*?

Él suspiró.

—Supongo que sería esperar demasiado; especialmente,

considerando que esta es la oportunidad más importante de mi carrera.

Notó el matiz de desilusión y enojo en su voz. ¿Qué derecho tenía de estar enojado con ella, luego de haber tomado una decisión que cambiaría sus vidas sin siquiera darle una pista?

—Estoy segura de que a los niños les encantará que los desarraiguen y los alejen de sus amigos y de su familia.

—*Nosotros somos* su familia.

—¿Y qué hay de mamá? ¿Y de tus padres?

—No nos mudaremos a Nueva York, Sierra.

—Supongo que eso te lo guardarás para la gran sorpresa del año próximo.

Silencio. Su corazón se aceleró; podía sentir cómo iba aumentando la ira en él.

Detén esto ahora mismo, le advirtió una voz interior. *Detente antes de que llegues demasiado lejos...*

No le interesaba detenerse.

—Podrías haberme dado una pista de lo que estaba sucediendo, Alex —dijo, apretando el teléfono.

—Hice algo más que eso. Te hablé de esta empresa hace semanas. Durante los últimos cuatro años te he estado diciendo lo que quiero hacer. El problema es que no oyes.

—Sí oigo.

—Y nunca *prestas atención*.

—¡Sí que lo hago!

—Entonces, escucha *esto*. Durante diez años hicimos lo que tú querías. Tal vez, para variar, podrías darme una oportunidad.

Clic.

—¿Alex? —Un silencio absoluto llegó a su oído. Sierra parpadeó, estupefacta. Se quedó mirando el teléfono que

tenía en la mano como si se hubiera convertido en una serpiente venenosa. Alex nunca antes le había colgado.

Sierra bajó la escalera más consternada que cuando llegó. El aroma tentador del café molido descafeinado con caramelo y leche llenaba la cocina. Era su favorito. También lo eran las galletitas con chispas de chocolate que su madre había servido en un platito de postre y había dispuesto en el rincón soleado que daba al jardín de atrás. Era obvio que mamá quería levantarle el ánimo. Ni en sueños.

Dejó caer el teléfono sobre la mesita cubierta por un mantel con flores bordadas y se desplomó en la silla.

—Me colgó. —Su madre le sirvió café—. Nunca antes me había colgado —continuó Sierra con la voz quebrantada y mirando a su madre. Había tomado una decisión sabiendo que destrozaría su vida y después ¿él cortó la llamada?—. Dice que yo no presto atención.

Su madre dejó la jarra encima de un salvamanteles con girasoles y se sentó en la silla frente a ella.

—A veces escuchamos únicamente lo que queremos oír. —Tomó su café y bebió un sorbo distraídamente.

—Te ves cansada, mamá.

—No dormí bien anoche. Sigo pensando en tu padre. —Su boca se curvó ligeramente y su expresión se suavizó—. A veces lo imagino sentado en su sillón, mirando el noticiero en la tele. La casa cruje y me despierto pensando que es él que está viniendo a la cama. —Sonrió con tristeza y bajó la vista a su café, mientras volvía a posar la taza en su platito de porcelana—. Lo extraño.

—Yo también lo extraño. —Él podría haber convencido a Alex de no ir a Los Ángeles.

Su madre levantó la cabeza y la miró detenidamente, con humor gentil.

—Tu padre tampoco era un hombre fácil, Sierra, pero valía la pena.

—Si Alex insiste, iré, pero no tengo que sonreír y fingir que estoy contenta.

—Quizás no, pero sería mejor que aceptaras su decisión. El rencor y el enojo desgastan el amor tan rápido como el óxido que está corroyendo esa tumbona de metal que está en el patio. Una de las mayores tragedias de la vida es ver que una relación se destruye por algo que podría haberse resuelto con una conversación inteligente y adulta.

Las palabras de su madre eran dolorosas.

—Una conversación no cambiará la manera de pensar de Alex.

—Entonces depende de lo que tú quieras realmente.

Sierra miró a su madre con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué quieres decir?

Mariana se estiró y tomó la mano de su hija.

—Es sencillo, Sierra. ¿Quieres salirte con la tuya, o quieres a Alex?